

“Un mundo que no existe”. Ana Teresa Barboza, Laura López Balza, Maria Acuyo y Noemí Iglesias

La naturaleza presente en los paisajes que proponemos en *Un mundo que no existe* late y respira, es dadora de vida y se genera de emociones, vivencias, paisajes interiores y mundos oníricos. Frente a los paisajes que acostumbramos a ver en toda la historiografía del arte –realizados en su mayoría por nombres en masculino– desarrollamos un proyecto expositivo con cuatro mujeres artistas –Ana Teresa Barboza, Laura López Balza, Maria Acuyo y Noemí Iglesias– que se alejan de la objetividad ficcional para componer *mundos* que, por diferentes motivos, *no existen*.

Lejos quedan esos paisajes idealizados, exotizados, repletos de abundancia y animales de tierras lejanas. Escenas bucólicas de jardines franceses e ingleses con arquitecturas Palladianas; de bosques impenetrables con atmósferas medievales colmados de ruinas... todo un imaginario pictórico sujeto a nuestra retina que más allá de conformar un retrato fidedigno de una realidad y un momento concreto, representan ficciones sustentadas en el progreso científico, la temporalidad moderna o la construcción del Otro. Ideas que constantemente han sobrevolado cada una de las *pinceladas* del género paisajístico con el objetivo de constituir una mirada única basada en la hegemonía del ocularcentrismo.

La temporalidad adscrita a esas imágenes impuso un tiempo único, productivo y tecnológico. Conformaron una sociedad abiótica cuya herencia en el capitalismo actual ha terminado por llevar este tiempo hegemónico a sus cotas más altas, creando toda una semántica de la producción actual basada en devorar lo limítrofe, como la naturaleza, para terminar por convertirlo en herramienta útil. El modo de utilizarlo y las consecuencias que ello acarrea no tienen la mayor relevancia en nuestro contexto actual.

Las artistas aquí reunidas crean con los ritmos orgánicos, pausados y densos de lo natural mediante composiciones que parten de vivencias personales en un territorio lejano –real, abstracto o mental– que no exotizan, sino que comprenden en todas sus narrativas míticas para incluirse en ellas. Sus obras recorren paisajes íntimos y tangibles desde una temporalidad y un ritmo más propio de la naturaleza de lo afectivo y de lo orgánico que de la instantaneidad contemporánea.

Los paisajes ficcionales creados por **Ana Teresa Barboza** y **Noemí Iglesias** presentan una forma de acercarnos al ecosistema natural desde una imbricación completa con el mismo. La experiencia directa con sus creaciones parte de una cuidada manufactura –relacionada con el contexto–, por los componentes utilizados y las materializaciones híbridas que constituyen multitud de realidades. Conforman utopías de mundos que no existen, porque no los vemos o porque están a punto de desaparecer... Entendiendo sus ficciones desde el poso de realidad que las estructuran y que en sus trabajos son la política, la ecología o nuestra relación con el medio. La conexión de sus obras con el paisaje no se produce de manera unidireccional, como una experiencia para el ojo, sino como un modo de situarnos ante el contexto de lo natural como forma de pensamiento y de habitabilidad, otorgándole a nuestras reflexiones el poder propio de la naturaleza sensible y consciente.

En las obras de **Ana Teresa Barboza** esto se refleja en la utilización de las fibras naturales en sus tejidos y el registro fotográfico del paisaje peruano. La construcción de estas ficciones conecta el acto del tejer, tan vinculado a la mujer, lo íntimo y lo doméstico, con una perspectiva creadora, irrumpiendo con fuerza en este territorio poblado por hombres. La artista transforma el paisaje con el fin de que el cambio en nuestra conciencia, con respecto a su recorrido y vivencia, sea real. El espectro de lo natural ha recorrido sus trabajos desde el estudio y la experimentación de las plantas, la tierra, e incluso el poder simbólico y ritual del agua. Y son justamente estas investigaciones del paisaje y el contexto latinoamericano las que se encuentran cruzadas por cuestiones políticas, que tanto han sobrevolado y potenciado su contexto y que, en su caso, se presentan desde la denuncia de un paisaje violentado por ser de otros, por ser ficcionado desde el exterior y por ser continuamente destruido en pos de la *productividad*. Por tanto, la forma de habitarlo desde nuevas posibilidades parte del motor de cambio que supone su práctica artística y que concreta en sus obras, connotadas por cuestiones cercanas al medio ambiente y al ecologismo.

El mundo natural ha recorrido todos los trabajos de **Noemí Iglesias**. Lo vemos en sus delicadas flores de porcelana y en sus proyectos, en ocasiones performativos, donde cuestiona temáticas universales como el amor y su mercantilización; el deseo y la transformación política, o los sistemas patriarcales en el entorno industrial. En *Un mundo que no existe* muestra criaturas híbridas, una combinación del cuerpo de un loro –paradigma de animal exótico– con un acabado de flores que cubre y crece por todo su rostro. Los pequeños brotes son sus vías respiratorias; su simbiosis es clara, la pervivencia de uno no puede darse sin el otro. Y en este sentido metafórico, nuestra relación con el mundo natural parte de esta dependencia. Más allá de nuestra inclusión implícita en las obras, estas criaturas abren nuestra mente a nuevos imaginarios posibles, nuevas formas de imaginar y pensar el territorio natural alejadas de las imágenes ficcionales, objetivas y asépticas de la razón.

Los paisajes subjetivos de **Laura López Balza** y **Maria Acuyo** parten del interior y reverencian la importancia de la profundidad de los relatos que acontecen en sus obras, frente a la historia oficial objetiva. Las artistas crean enigmáticas escenografías que se alejan de los aspectos superficiales, partiendo de vivencias, del poder simbólico de los elementos creados y la plasticidad orgánica de la pintura. Formas celulares, atmósferas con veladuras y escenas de gran fuerza cromática nos cautivan y activan nuestra imaginación para conectarnos con lo simbólico que trae consigo el rito y la creencia.

Una de las referencias que **Laura López Balza** toma en sus trabajos es el aspecto mítico de las leyendas en Senegal, su lugar de residencia. En sus propias palabras, *la magia de lo cotidiano*, existe en el lenguaje performativo, puesto que los actos de enunciación de los relatos son los que crean la realidad al nombrarlos. Una palabra convertida en acción, que al ser transmitida por la tradición oral, López Balza replica a modo de simulacro mediante el lenguaje pictórico. Designa el rito, los personajes y el contexto natural como constructo de una nueva mitología, una invención perpetua. Su relación con ella se produce, como con el paisaje que representa, desde sus propias vivencias. Con una mirada íntima que parte de las emociones y dota a la naturaleza que recorre de un carácter organicista y sensitivo.

La artista trata escenas, personajes y colores con un diseño muy personal y característico, formalmente primitivista, que recuerda al *art brut*. Las reglas de perspectiva y proporción quedan eliminadas para acentuar el poder visual de unas composiciones en las que un poderoso cromatismo, atravesado por lo imaginado y el rito, da forma al microcosmos de la artista.

Las pinturas de **Maria Acuyo** liberan una atracción siniestra generada por la convivencia de formas crípticas y abstractas junto a paisajes románticos realistas. Con su obra busca con tesón la esencia de lo plástico para llegar al equilibrio en las composiciones. El sustrato que encontramos entre sus óvalos, veladuras y masas es todo un imaginario orgánico que durante años ha cultivado con una destreza técnica casi automática a partir de su formación científica. También su ordenación de los procesos artísticos nace de los sistemas biológicos que encontramos en la naturaleza, entendiendo cada subsistema como una composición de sucesivos, y una jerarquización funcional donde los que se encuentran en los primeros niveles regulan a los siguientes. En sus pinturas, son las primeras capas las que jerarquizan las subsiguientes, y de esta forma, la práctica de elaborar capa sobre capa, adquiere un poder que regula el peso y la forma de los elementos estructurales.

El resultado son escenas *naturales* con atmósferas que suavizan las capas superpuestas y que nos introducen en los aspectos más ocultos de nuestro inconsciente. Acuyo desea, como los surrealistas, *eliminar la intervención reguladora de la razón* –en palabras del propio Bretón– y dejarse guiar por los mundos oníricos de nuestra imaginación.

Estas cuatro artistas, al componer *mundos que no existen*, plantean aproximaciones desde distintos *lugares* en torno al paisaje y al mundo natural; *escenarios* diferentes con un punto en común, la necesidad de seguir activándolos en la actualidad. Sus propuestas no crean el paisaje; *son el paisaje*. *Lo generan* y ellas mismas *se generan*. Se conforman cartografía que alberga las distintas formas de vida natural, regidas por los tiempos de gestación y maduración en sus procesos y asociándose simbióticamente con sus distintos hábitat biogeográficos, culturales e históricos.

La lucha por la existencia de los mundos que no existen depende de que cada espectador consiga conformarse paisaje natural, deteniendo su cuerpo y mente al enfrentarse a las obras. De que pueda servirse también de todos los organismos allí situados para producir una nueva ciencia natural de las relaciones con ellos, que no surgirá del aspecto racional, sino del empírico, sensitivo y emocional.